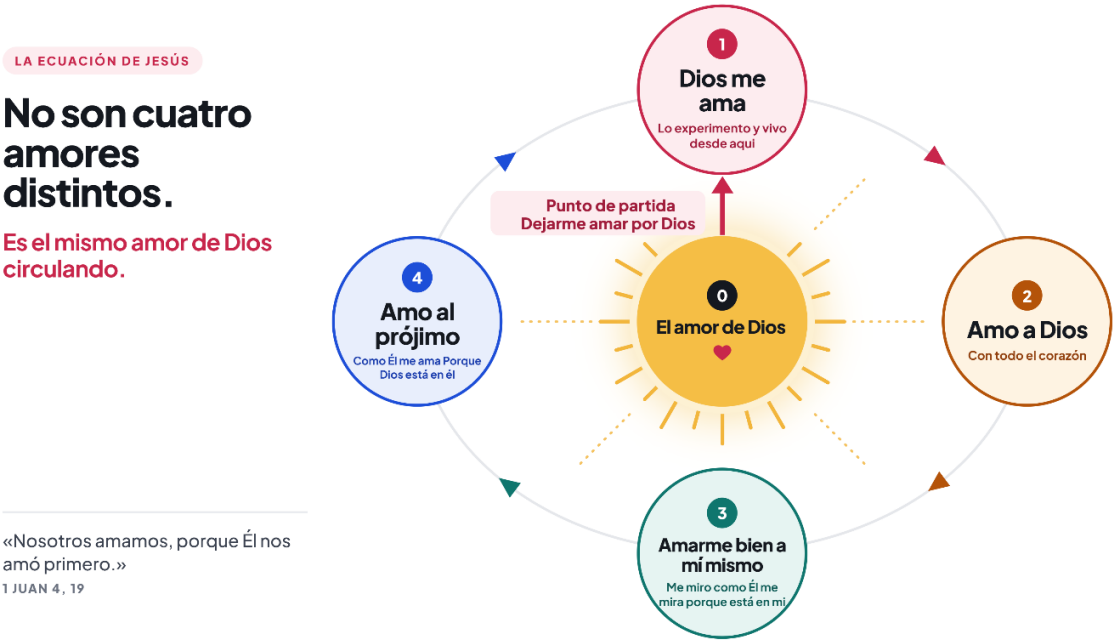
Los círculos del amor: una sola corriente

Mt 22,34-40: *Amarás al Señor tu Dios, y a tu prójimo como a ti mismo.*



Jesús no propone cuatro amores independientes que tenemos que equilibrar. Lo que propone es una única corriente de amor que nace en Dios y está llamada a circular. Cuando esa corriente se interrumpe en cualquier punto, toda la ecuación se resiente.

Imagina el siguiente sistema solar. En el centro está el sol, el planeta 0. Aunque una nube lo tape, aunque llegue la noche o aunque un edificio nos impida verlo, **el sol sigue ahí. No deja de existir porque yo no lo vea. Así es el amor de Dios.**

Dios no me ama unas veces sí y otras no. No me ama cuando me porto bien y deja de amarme cuando me equivoco. **Su amor permanece.** Siempre está ahí. La fe consiste, en parte, en creer que el Sol sigue brillando incluso cuando no lo percibo.

Por eso el punto de partida de toda la vida cristiana no es amar a Dios, ni esforzarme más, ni hacer más cosas. **El punto de partida es dejarme amar.**

La flecha que une el Sol con el planeta 1 representa precisamente eso: dejarse amar por Dios. No significa que Dios empiece a amarme. El Sol ya estaba brillando antes. Significa que su amor consigue llegar a mi vida y ser acogido. **Significa pasar de un amor que existe objetivamente a un amor que experimento, creo y vivo.**

El pecado rompe esa flecha. Cada falta de amor es como levantar un muro entre el Sol y nosotros. El Sol sigue brillando, pero cada vez llega menos luz. Por eso **la conversión no consiste primero en hacer cosas para Dios, sino en derribar los muros que me impiden recibir su amor.** Cuanto menos espacio doy al pecado, más espacio dejo para que la luz de Dios llegue a mi corazón.

Cuando la flecha funciona, llego al planeta 1: "Dios me ama".

El planeta 1 no es una teoría ni una frase aprendida de memoria. **Es la experiencia de vivir bajo la luz de Dios.** Es poder decir con verdad: "Dios me ama". No porque el Sol haya empezado a brillar ahora, sino porque ahora su luz llega hasta mí.

Antes de que yo lo buscara, Él ya me estaba buscando. Antes de que yo lo amara, Él ya me amaba. La cuestión no es si Dios me ama más o menos. **La cuestión es cuánto dejo que su amor llegue a mi vida.**

Por eso **el planeta 1** no **es** tanto un punto de partida como **una condición de vida. Es vivir desde un lugar interior donde experimento el amor de Dios.** Y cuanto más limpio está el camino entre el Sol y mi corazón, cuanto menos pecado hay levantando muros, más habito este planeta y más puedo vivir desde él y lo primero que hago al circular ese amor es llegar al planeta 2.

Planeta 2. Amo a Dios: Cuando descubro cómo me ama Dios, algo cambia dentro de mí. Nadie permanece indiferente ante un amor así. Entonces amar a Dios deja de ser una obligación religiosa para convertirse en una respuesta. Amar a Dios con todo el corazón es responder a quien ya nos ama primero. Ya no se trata de cumplir, se trata de corresponder. Como cuando una persona descubre que es profundamente querida y espontáneamente desea amar de vuelta y el amor sigue circulando y llegamos al planeta 3.

Planeta 3. Me amo bien a mí mismo: El mismo amor de Dios que he descubierto en el planeta 1 y con el que respondo en el planeta **2 empieza ahora a transformar la mirada que tengo sobre mí**. Ya no me juzgo sólo por mis resultados, mis fallos o mis comparaciones. Empiezo a verme como alguien amado por Dios. Y cuando me veo así, puedo aceptarme con verdad, reconocer mis límites sin hundirme y reconocer mis dones sin orgullo.

Descubro que mi valor no nace de mis éxitos, de la aprobación de los demás o de los resultados que consigo, mi valor nace de ser hijo amado de Dios. **Por eso la verdadera autoestima cristiana no consiste en pensar mucho en mí, sino en pensar de mí lo que Dios piensa de mí.**

Planeta 4. Amo al prójimo: Y entonces el amor sigue circulando. Cuando descubro a Dios en mí, empiezo a descubrirlo también en los demás. Ya no amo al prójimo porque sea simpático, ni porque me corresponda, ni porque me agradezca lo que hago, lo amo porque Dios está también en él, lo amo como Dios me ama a mí, lo amo por desbordamiento de amor en mí. Es el amor de Dios el que llega hasta él pasando por mi corazón. Por eso el cristiano puede seguir amando incluso cuando no recibe respuesta. Porque la fuente de su amor no está en la reacción del otro, sino en Dios.

Por eso Jesús nos invita a preguntarnos: **¿Dónde se me atasca la circulación del amor?**

Quizá no me dejo querer por Dios y entonces intento amar solo con mis fuerzas. Quizá ayudo a todos, pero me he desconectado de la fuente. Quizá digo que amo a Dios, pero vivo indiferente al sufrimiento de los demás. Quizá me cuesta aceptarme y me trato peor de lo que Dios me trata. En cualquiera de esos casos, el problema no es que falte un amor concreto. El problema es que se ha interrumpido la circulación.

La gran verdad: El amor es como la sangre en el cuerpo, como el agua en una fuente, como el dinero en una economía, **solo existe realmente cuando circula. Yo lo he recibido porque Otro me ha dado y estoy llamado a dar para que otros reciban. Cuando el amor de Dios circula, todos tienen amor. Cuando se corta la circulación, nadie lo tiene.**

Por eso Jesús no nos propone cuatro tareas distintas. **Nos invita a entrar en** una corriente, **la corriente del amor de Dios que viene del Padre, pasa por nuestro corazón y llega al mundo.** **La vida plena y con sentido es la expresión del mismo amor de Dios circulando.**